

Pequeña historia de “Es Diari”



ROBERTO COLL VINENT

nalmente, aunque he sido, eso sí, asiduo lector de sus artículos desde que colaboraba en “El Correo Catalán” hasta sus recientes trabajos en “El Periódico”.

He comentado en más de una ocasión y en estas mismas páginas el interés grande que para la historia tienen los libros de memorias y la lectura de este último confirma plenamente mi convicción de siempre. Es imposible, pienso, penetrar en el intríngulis de lo que ocurre en nuestro mundo si hemos de fiarnos sólo de lo que aparece en las páginas de la historia oficial y de lo que nos llega a través de los medios de comunicación, fuertemente controlados por los que ocupan los centros de poder que, salvo raras excepciones y cambiando sólo los nombres, son siempre los mismos. Gracias a las memorias de Pernau yo me he enterado ahora de un buen número de episodios, cruciales algunos de ellos, de la reciente historia de Cataluña y de España protagonizados por personajes de segunda fila, pero con influencia decisiva en algunos acontecimientos cuya significación vistos desde fuera no se acaba de comprender.

A guisa de ejemplo de lo que estoy comentando y como un simple hecho

anecdótico ciertamente, aparecemos en esas Memorias que me ocupan “es Diari” y yo mismo a raíz de mi cese como director del “Menorca” el año 1966 y el nombramiento de Jordi Negre para sustituirme en el cargo. la descripción de lo que ocurrió es, por supuesto, fiel aunque justificadamente esquemática y necesitada por ello, opino, de alguna explicitación. La cosa fue, más o menos, así.

Para salvar una situación crítica, cuyos detalles no vienen al caso, se constituyó a mediados de los años cincuenta la Editorial menorca formada por los señores Guillermo de Olives, Mateo Seguí, Francisco Hernández Escrivá y Jaime Cots, párroco-arcipreste de Santa María. había que designar, lo primero, director del periódico a alguien que tuviera carnet de periodista y se pensó en mí que reunía esta condición desde octubre de 1952 y que en aquellos años me sentía muy a gusto en Mahón, adonde por razones personales especialmente gratas me desplazaba a menudo desde Tudela, donde residía, y desde Barcelona a partir del año 1959. Yo fui un director atípico en la medida en que no podía estar físicamente en el lugar de trabajo que demandaba mi condición, lugar que ocupaba eficientemente Pa-

co Pons Capó, subdirector, y también Mateo Seguí. Asistí, eso sí y por exigencias del cargo que nominalmente desempeñaba a dos distintos congresos de directores de periódico, en Palma de Mallorca el año 1957 y en Salamanca en 1959 y en mis frecuentes desplazamientos a Menorca pasaba siempre unas horas en la Redacción. También vine a Mahón en enero de 1963 con ocasión de un viaje a la isla de Fraga Iribarne, flamante ministro de Información y Turismo en esas calendas, con quien conversé largamente en el avión en su viaje de regreso sobre la situación de “Es Diari” y la mía personal. Lo mismo hice en Madrid el año 1965 con el entonces director general de Prensa, Manuel Jiménez Quílez, que ya me anunció que esa situación mía no podía continuar.

Y, en efecto, la nueva Ley de Prensa de 1966 exigía formalmente que el director residiera en su lugar de trabajo y aquí acabó todo. Mi residencia y mi profesión estaba en Barcelona y era obligado designar nuevo director y éste fue Jordi Negre. Ésta es la historia.

(*) “D’Arbeca a l’Opus mei”. Editorial La campana.

Las memorias del periodista catalán Josep Pernau(*) de reciente aparición que he leído de corrida este último fin de semana enriquecen desde ahora mismo la abultada colección de libros de este género literario que ocupan un lugar preferente en mi pequeña biblioteca. El interés del tema central de este texto está sazonado con una gran amenidad esperable de un veterano periodista que en diversos medios ha ejercido brillantemente su profesión durante casi medio siglo. Fuera de un breve contacto personal que tuve con él a mediados de los años setenta cuando era director del “Diario de Barcelona” y de nuestra participación (la de él y la mía) junto con el profesor Ivan Tubau en un concurso para cubrir una plaza de profesor en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Autónoma de la que yo era decano en funciones allá por el año 1987, no he tenido ocasión de tratarle perso-